

diesen venir. Crispin la saludó cortesmente y dijo: Aunque sea atrevimiento, señora mía, el daros un poco de enfado, el oficio que ejercemos nos manda hacer las diligencias posibles por cumplir con él; yo soy mandado del señor corregidor, que reconozca las casas de este barrio, por si en ellas hallo un delincuente que andamos buscando; en las vecinas hemos estado, y solo falta por ver la vuestra; perdonad el que se mire todo, que con esto cumplimos con nuestros superiores y nuestras conciencias. Aunque por mi verdad, dijo Rufina, os pudiéades asegurar tanto como con la experiencia, diciéndoos que aquí no ha entrado nadie; no quiero que me tengais por persona que amparo delincuentes facinerosos, si este que buscáis lo es; y así os hago la casa franca para que se vea toda si está en ella el que buscáis. Alumbroses una criada con una bujía, y ellos miraron mucha parte de la casa, dejando algo de ella, porque esto se le atribuyese á cortesía. Esto hecho, con la misma cortesía que entraron se despidieron; habiendo hecho esto á costa de su peligro, porque su compañero apoyase la trama que llevaba urdida.

## CAPITULO XVI.

Sigue Crispin disponiendo los medios para robar á Rufina; se vale para ello de su compañero Jaime, que se enamora de ella.

Salió el mentido caballero de donde estaba, mostrando en el rostro alegría de haberse escapado de quien le buscaba, y con agradecidas razones comenzó á ponderar el favor que le había hecho la viuda. Ella, que se iba prendando de él mientras le veía, significó que si como su deseo era de servirle lo pudiera ejecutar, que allí fuera servido, más que aguardase á su padre, que ella acabaría con él que por lo menos aquella noche no le permitiese salir de allí. Antes os suplico, dijo Jaime, conociendo ya en ella que se le inclinaba, que le diese licencia para irse, que lo que pensaba hacer era retirarse á un monasterio de religiosos, y desde allí avisar en la posada á sus criados que estaba retraído, para que acudiesen allá, y esotro día partirse á Sevilla, porque á su tierra no podía por entonces volver; pesóle á Rufina de ver en él aquella resolución, y díjole que le pedía no se determinase á lo que intentaba, por el peligro que le podía venir, que aguardase allí un par de horas.

El se ofreció á obedecerla, y dejándole hablando con la criada que había en Toledo recibido, le pidió Rufina licencia para acudir á cierta cosa que le dejó encargada su padre antes que viniese. Este achaque tomó para comunicar con su esclava, que era con quien más se entendía, sus pensamientos; retiróse con ella á otro aposento, adonde la manifestó cuán bien le había parecido aquel caballero, y que se le hacía de mal dejarle ir de su casa, á riesgo de que le prendiesen; y que por otra parte, no sabía si Garay tomaría á bien que quedase allí aquella noche; la esclava era ladina y sabía bien lo que había de aconsejarla á su ama; hablóla al gusto diciéndola: Señora, en tí sería felicidad hacer cualquiera demostración de amor con este forastero con tan poco

trato; pues librar en que Garay le admita en casa por esta noche, dándole mucho; lo que te aconsejo es que pues esta casa es grande y tiene algunas piezas que no se habitan, como son dos, que se baja de tu cuarto á ellas, que allí le hospedes, y déjame el cuidado de aderezarle la cama y lo necesario, que yo lo haré con brevedad; y esto ha de ser sin que llegue á noticia de Garay, que él está de partida para Madrid dentro de dos días, y tú quedarás con el que ya amas en casa, dándole, para que no se vaya, á entender que la justicia no se aparta de esta calle. Parecióle bien á Rufina el consejo de la esclava, y mandóla ir á aderezar el aposento que se le señalaba al jóven, lo cual hiciese poniendo en la cama limpia y olorosa ropa, de la mas delgada que había; así la obedeció la berberisca, con que Rufina volvió á verse con el galán, diciéndole: Señor mio, yo sin licencia de mi padre la he tomado en mandaros aposentar en esta casa, donde á sus ojos esteis oculto, como lo deseais estar á los de la justicia; tenedlo por bien, y recibid de mí este pequeño servicio, de que debeis dar gracias por la voluntad con que le hago, deseosa de vuestra quietud. Con mayores exageraciones que las hechas agradeció Jaime el favor que de nuevo se le hacía, contentísimo de ver que aquel peje había dado en la red del amor, segun las demostraciones manifestaban. Estuvieron los dos hablando en varias pláticas, en que Jaime comenzó á alabar á la viuda su hermosura: lisonja siempre creída de las mujeres, y de esto resultó el mostrarse inclinado, con que fué hacerla á ella la cama, para entablar lo que deseaba, que era ver esto, y que su hermosura fuese quien estos milagros hacia de un fugitivo y temeroso un enamorado. Vino luego la esclava, habiendo hecho lo que se le había encargado; con esto llevó Rufina á Jaime al aposento, y dejándole en él con luz, le dijo que tuviese paciencia en quedarse solo hasta que ella dejase recogido á su padre. Túvolo el galán por bien, encargándola no dejase de volver á verle, porque sin su vista lo pasaría mal aquella noche. A mí me importa, dijo ella, porque deseo saber muy despacio quién sois y el origen de vuestra inquietud. Con esto se despidió de él, mirándole con una ternura de ojos, que le alentaron al astuto mancebo para esperar buen fin en su empresa.

No era tan viejo Garay que no tuviese sus pocos de brios para desear ser galán de Rufina y tratar de casarse con ella, si él no fuera casado; andaba ausente de su mujer, que la tenía en Madrid, como muchos que, ó por varios en las condiciones, ó por enfadados de sus mujeres, las dejan, olvidándose de ellas, para que viendo su desprecio y olvido, traten de buscar consuelo con quien mas atentos á sus gracias gusten de ellas, para ofensa de los que tampoco las estimaron. Había dias que Garay no sabía de su esposa, y presumía que debía ser muerta, y determinaba de dar una vuelta á Madrid y certificarse de esto secretamente, para si era muerta tratar de casarse con Rufina, representándola las obligaciones que le tenía; con este pensamiento andaba de partida, y la tenía concertada de allí á dos dias. De-

jémosle en esto, y volvamos á Rufina, la cual luego que hubo venido Garay, le dió de cenar, excusándose de hacer esto en su compañía por fingirse indispueta, cosa que él creyó fácilmente. Acabada la cena, era costumbre suya irse luego á la cama á dormir; aguardó á que lo hiciese así Rufina, y cuando sintió que dormía, mandó á sus criadas prevenir la cena al encerrado galán, con quien pensaba cenar con mucho gusto. Hizose así con brevedad, con que cenaron los dos regaladamente, yéndose Rufina por puntos declarando con acciones demostrativas que estaba rematada de amores. Luego que se alzaron los manteles, mientras las criadas cenaban lo que de la mesa había sobrado, que no era poco, pidió á su huésped que le dijese su nombre, patria y á qué había venido á aquella ciudad; y él, por darla gusto, fingió esta quimera, para la cual le pidió atención, y él dijo así:

Mi patria, hermosa señora, es Valencia, ciudad de las mas nobles de España, como os lo habrá dicho la fama que de ella corre siempre, pues con ella la gana á muchas ciudades en lo noble, en lo rico y en lo afable de su clima y amenidad de sus campiñas; soy allí de la noble y antigua familia de Pertusa, bien conocida en todas partes; mi nombre es don Jaime Pertusa, á quien nuestro Rey, por servicios de mis antepasados, me honró este pecho con la roja cruz de Montesa y la encomienda de Silla, que es de las mejores de aquella orden; sin lo que vale tengo un mayorazgo que de mi padre heredé, que valdrá tres mil ducados de renta; nací solo y con las obligaciones dichas; puse los ojos en doña Blanca Centellas, dama ilustre y de muchas partes en Valencia, á quien serví con muchas finezas; no me las pagaba con el amor que ellas merecian, siendo de esto causa estar esta señora aficionada á un caballero que la servia tambien, llamado don Vicente Pujadas; este fué á mí preferido, con que yo desesperaba de celos. Quiso este caballero quitar delante de sí todo lo que le podía hacer estorbo en su amorosa pretension; y así, una noche que me halló en su calle, acompañado de tres criados me acometió, llevando yo solo uno conmigo; defendíme cuanto pude, mas salí mal herido de la pendencia, de suerte que pensaron que muriera de las heridas. No se pudo averiguar quién había sido el que me hirió, aunque todos lo presumian, y la justicia por la fama de ser don Vicente mi competidor le prendió, mas él probó la coartada con sus criados, con que fué libre. Convalecí de mis heridas, y sentido de ver con la ventaja que mi competidor me había acuchillado, no quise para vengarme guardarle nobles respetos, sino con la misma le acuchillé, de modo que él salió mas mal herido que yo; hubo personas que me conocieron en la calle y depusieron contra mí, cosa bien nueva en Valencia, porque por este camino raras veces se averigua nada; fué fuerza ausentarme temiendo el peligro del herido, que le daban poco término de vida, y el mio, si sus deudos trataban de vengar su muerte. Salí de Valencia y vine á esta ciudad, donde ha un mes que estoy; en él he sabido de persona confidente de Valen-

cia, con quien me correspondo, que mi contrario está ya sin peligro, y convalece á toda prisa, y juntamente está capitulado con doña Blanca. De esto he tenido mas sentimiento que de haber hoy encontrado dos hombres, que pagados por don Vicente, vinieron aquí á matarme por su orden; acometiéronme en esta calle, herí al uno, pienso que de muerte, con que me escapé de sus manos con la gente que acudió á meter paz; hallé vuestra casa para refugio mio, donde ya no temeré el peligro de la justicia que me pueda prender el cuerpo, siendo presa mi alma de vuestra hermosura, si bien es dulce la prison, y en que yo estaré lo que mi vida durare, como sea con gusto vuestro.

Aquí cesó la narración del fingido don Jaime, dejando á Rufina contentísima de ver en aquel caballero partes para ser amado y principios de afición en él, con que le prometía ser ya esposa suya. Esto discurrió en breve instante, y lo que le respondió fué: Señor don Jaime Pertusa, mucho me pesa que hayais conocido á Toledo para disgustos vuestros; que con ello no tengais intencion de volver tan presto á la patria, podría estarle bien á quien desea veros en esta ciudad muy asistente, y os aseguro que á poder por mi parte hacerlo, lo emprendiera por todos los caminos que hubiera, aunque entraran aquellos que con pactos fuerzan las voluntades; si es verdad esto, lo que la naturaleza no hizo, quisiera que hiciera la industria. Una voluntad me debeis de poco tiempo á esta parte, que si como es os obligara, me pudiera tener por muy dichosa, y fuera el mas eficaz hechizo que yo pudiera hacer; no me hizo el cielo tan hermosa como deseaba ser en esta ocasion; mas si afectos de amor obligan, yo espero de vos que conozcais en breve las obligaciones que me debeis. Mil veces, dijo don Jaime, beso la tierra que pisan vuestros chapines, pues aun de ella con el favor que de vos recibo no es digna mi boca; no pienso que os deba nada que no os haya pagado, y así no temo pleito de acreedores. En cuanto á desear forzarme el albedrío, os respondo que es menester poca fuerza para quien le tiene rendido, y con esto que os digo habréis excusado el valeros de ilícitos medios, cuando vuestra hermosura es el mas poderoso hechizo que me enajena de mí por estar en vos; dichosa la hora en que fuí acometido por aquellos asesinos de mi patria, pues por un disgusto que en ella tuve, hallo en su descuento mil gustos que le consuelan; con los favores que oigo de vuestra divina boca déme el cielo vida, que si ya mi amor seguro y en bonanza, me prometo felicísimo puerto en vuestra gracia; con ella renuevo alientos y pierdo la memoria de mi patria, pues adonde tengo dicha y gusto, allí es la mía. Estas y otras razones amorosas pasaron don Jaime y Rufina, sabiendo el bellacon enamorarla bien, y ella, dejándose llevar de su engaño, no atendía á otra cosa que estarsele contemplando perdida de amor; el tiempo se pasaba en estos coloquios amorosos, y así cerca de las dos de la noche Rufina se retiró á su cuarto, bien pesarosa de hacerlo, y el engañoso mozo se quedó á acostar,



no poco contento de ver cuán bien había surtido efecto la traza de Crispin. El estaba con algun cuidado, porque en aquel día ni otro no pudo ser avisado de lo que pasaba por la presencia de Garay; mas desde que este se partió á Madrid, con mas libertad vivió Rufina enamorada de su huésped. Avisó don Jaime á Crispin con la esclava, escribiéndole un papel de la manera que andaba favorecido; con ella le respondía Crispin dándole otro, y en un bolsillo cien doblones para que se entretuviese jugando y diese algunos á las criadas para ir granjeando su voluntad para lo que se ofreciese.

Luego ese día que se fué Garay á Madrid se halló Rufina ocupada con dos visitas que le vinieron de dos damas vecinas suyas, cosa para ella de grandísimo disgusto; porque en aquella ocasion mas estimara que la dejaran sola con su galán que no ser visitada. Luego que las amigas se fueron, se fué al aposento de don Jaime, que así le llamaremos mientras durare el engaño; en él le halló entreteniéndose con una guitarra que la esclava le había dado. Era el jóven diestrísimo músico, y hacía tambien versos de buen aire, cosa que lleva el valenciano suelo, pues hay en él admirables músicos y poetas; de una gracia y otra estaba adornado. En fin, el tal don Jaime se estaba entreteniendo con la guitarra; llegó Rufina con pasos lentos al aposento, oyendo la dulce armonía de las templadas cuerdas heridas con diestra mano; y sin ser sentida del jóven, le estuvo aguardando, echando de ver que queria cantar este romance con dulce y sonora voz, que la tenia extremada.

¿Quién pensara que mis males,  
De quien jamás estoy libre,  
Trocara fortuna en bienes,  
Para hacerme mas felice?  
Penas que un tiempo me dió  
El alado dios de Chipre,  
El mismo convierte en glorias,  
Para que yo las estime.  
Al bajel de mi esperanza,  
Que el imperio de Anfitrite  
Suro por saladas ondas,  
Viendo peligrosas sirtes,  
Hoy, sin temer huracanes  
Adonde en golfos peligré,  
Le conduce á alegre puerto  
Una hermosura sublime;  
A quien el alma y potencias  
Se le postran y se rinden,  
Si bien tan poca victoria  
No es de sus blasones timbre.  
¡Oh tú, dueño de mi alma!  
Pues á conocerte vine,  
Oye á tu Gerardo atenta  
Lo que de su pena dice.  
¿Bellas ninfas del Tajo, decid si visteis  
Que se abraza con nieve quien ama firme?

A vuestra hermosura apelo,  
Clori, aunque de exceso paso,  
Por ver que en nieve me abraso,  
Y que con fuego me hielo.  
Nadie me dará consuelo,  
En pena que es tan crecida,  
Si la que da la herida  
El remedio no la aplique.  
¿Bellas ninfas del Tajo, decid si visteis  
Que se abraza con nieve quien ama firme?

Nuevas llamas fueron las que abrasaron el tierno pecho de Rufina con oír al fingido don Jaime cantar; parecióle en extremo su dulce voz, su gran destreza, y sobre todo notó en la letra que había cantado, que le pareció haberse hecho por él al suceso pasado; y era así, que el picaron era bellaco, y con unas puntas de poeta, y con buen natural que tenia, en breve hizo de memoria aquella letra para cantársela á Rufina, la cual cantó así como había sentido que ella le escuchaba. Entró la enamorada moza donde el galán estaba haciendo diferentes falsas en la guitarra, y dijo: Señor don Jaime, ¿esa gracia mas teneis? Mucho me huelgo, aunque no me maravillo, porque Valencia cria regaladas y dulces voces. La mia es muy mala, dijo él, mas ha cantado esta letra muy gustosa. Ya veo, dijo Rufina, que la letra es tan moderna, que no ha tres dias que estaba por hacer. Así es verdad, dijo don Jaime; mas ¿qué mucho, si la causa por quien se hizo tiene tanto poder que hará á los troncos tener alma y amarla, qué será á mí, que soy criatura racional y conozco mejor sus partes amándolas? No seas lisonjero, dijo ella, que á saber que lo que me decís es cierto, aun pudiéades acordaros mejor de este hospedaje; pero los hombres saben encarecer lo que no sienten, y fingir no amando. En uno y en otro os engañais, dijo él, y así, creed de mí que puedo dar por bien tenido el susto de mi prudencia y el peligro de verme preso, á trueque de haber tenido la dicha de conoceros; lo que os suplico es que me pagueis esta fina voluntad confiando de mí, que os amo tiernamente. Con estas le supo decir don Jaime otras amorosas razones á Rufina; de modo que desde aquella tarde le comenzó á favorecer de suerte que el picaron desistió de la empresa comenzada, y dió en amar á Rufina; ella vivía engañada, porque se pensaba que su huésped era el que se había pintado en la relacion, y lo que mas la aseguró esto fué el preguntarla él quién era; no quiso parecerle inferior á sus ojos, y así en breves razones le dijo cómo descendia de los ilustres caballeros Meneses de Portugal, aunque había nacido en la ciudad de Badajoz. Bien se pensó con esto el pícaro que hurtaba bogas y enderezó á casamiento, desengañado de lo que Crispin no queria en su edad desengañarse, que era el conocer los peligros de su trato y cuán á pique andaban, hurtando, de subir á una horca. A este mozo le pareció bien Rufina, y mucho mas que fuese noble, y trató de enamorarla muy de veras y merecerla por esposa. Lo mismo pensaba hacer ella; y así, correspondiéndose como finos amantes, Rufina se descuidó, y don Jaime se halló favorecido de ella del todo.

Quedó Rufina con el temor de que Garay volveria presto allí, cómo le había prometido; vió lo que le debía, que estaba en lugar de su padre, y que como tal le conocian en Toledo; echaba de ver tambien que venido había de sentir mucho que le dejase, aunque ella le pensaba dar algun dinero secretamente y despedirle de sí; considerólo mejor, y mudando intento, se resolvió en irse de Toledo y que la hallase ausente de allí Ga-

ray cuando volviese de su jornada, persuadiendo á don Jaime que la llevase á su patria Valencia; esto determinaba decirle pasados dos ó tres dias, porque la vuelta de Garay no seria hasta pasados quince, segun él había dicho á la partida. En tanto pues que Rufina lo consideraba mejor, pasaban ella y su amante gustosos, y él no poco enamorado de ella, por lo cual determinaba desistir de su primer intento, aunque le pesase á Crispin. Era por tiempo de invierno, en que las noches son largas; y así las entretenian los dos amantes, ya platicando de varias cosas de amores, ya cantando, habiendo tambien Rufina manifestado la gracia que en esto tenia, con que á dos voces cantaban algunos tonos de los que corrian entonces. Una noche que ya habían cantado y hablado de diferentes materias, deseó Rufina que su galán les entretuviese á ella y á sus criadas con alguna cosa; y así le dijo que si sabia alguna novela para que contándosela las entretuviese una parte de la noche. Era el jóven general en todo y de buen ingenio; y así, para obedecer á su dama y manifestar que tenia buena prosa en las narraciones, dijo: Aunque quien es tan entendida como tú, hermosa Emerenciana y dueño mio, le parezca mi prosa vulgar, préciome de ser obediente á tus mandatos, tanto, que no dejaré de obedecer en este particular, con que haciéndolo presto, podrán tener disculpa los yerros que en mí se conocieren; y así, habiendo oído á un caballero de Valencia bien entendido esta novela, á quien referírtela. Sosegóse un rato, y comenzó así:

## NOVELA TERCERA.

## CAPITULO XVII.

Jaime, para divertir á Rufina, da principio á la novela de A lo que obliga el honor.

En Sevilla, ciudad insigne, metrópoli de la Andalucía, madre de nobles familias, patria de claros ingenios, erario de los tesoros que envian las Indias occidentales á España, nació don Pedro de Ribera, nobilísimo caballero de la ilustre casa de los duques de Alcalá, tan estimada en aquel reino; por muerte de sus padres quedó heredero de cuatro mil ducados de renta, con que se portaba en Sevilla lucidamente, siendo el primero que en todos los actos públicos se hallaba, señalándose mas que todos en su lucimiento y porte. Tenia este caballero un primo hermano en Madrid, asistente en aquella corte del mayor monarca; había ido á ella á unos pleitos, de que tuvo buen suceso con sentencia en favor, y pagado de la vivienda de la corte y trato de sus cortesanos, trocó la asistencia de su patria por la de esta ilustre villa; tuvo en ella amistad con un anciano caballero, cuyo nombre era don Juan de la Cerda, en quien concurrían muchas partes, por donde era estimado de todos. Honrábase el pecho con la roja insignia del Patron de las Españas, á que se le añadía una encomienda de dos mil ducados. Era este caballero viudo, y de su matrimonio le quedó sola una hija heredera de cuanto tenia, en quien la naturaleza puso con

particular cuidado todo su afecto en hacerla hermosa, con no poca envidia de las damas de Madrid. Pues como el luminoso planeta excede á los lucientes astros que toman de él luz, así esta hermosísima dama, como sol de la hermosura, excedía con ellas á las damas de Madrid.

Deseaba don Juan casar á esta señora con persona muy á su satisfacción, que la igualase en la calidad y hacienda. Bien pudiera don Rodrigo de Ribera, que así se llamaba el primo de don Pedro, de quien primero he hablado, intentar este empleo, por su sangre y por la amistad que con don Juan de la Cerda tenia; mas era hijo segundo en su casa, y esto le enfrenó á no tratar de emprenderlo, considerando cuán poca hacienda tenia para igualar dote tan aventajado. Lo que hizo fué proponer á su amigo don Juan la persona de su primo, que estaba en Sevilla, haciéndole relacion, así de sus partes como de su mayorazgo; parecióle bien á don Juan, mas prudentemente quiso hacer informacion de esto primero, sospechando que don Rodrigo con la pasión de deudo podría haberse alargado en su alabanza y hacienda. Y así, teniendo don Juan un amigo en Sevilla, le escribió luego que se informase de las partes, persona y hacienda de don Pedro de Ribera con toda verdad, porque le importaba no menos que calificar su casa con él y remediar á su hija doña Brianda. En breve tuvo respuesta, en que conformó el amigo con cuanto don Rodrigo había dicho de su pariente; y aun se alargó mas que él, no excediendo de la verdad en su informacion; con ella se halló muy gustoso don Juan, y así se vió luego con don Rodrigo, y le dijo informase á su primo de esto, tratando con él el casamiento de su hija. Hizolo así, y don Juan quiso primero que se le enviase un retrato de la dama para no hacer esto á ciegas, fiándose de su primo, que no daría lugar al pintor para que la copiase lisonjeramente, sino con toda verdad y fidelidad. Hizolo así don Rodrigo, con que don Pedro quedó gustosísimo, y remitió á su primo que las capitulaciones se hiciesen en tanto que él partía, para lo cual le envió su poder. En tanto que don Rodrigo trataba de esto con don Pedro, doña Brianda contemplaba en otro retrato, que don Pedro le había enviado. Este caballero hizo lucidas galas; con ellas partió á Madrid; no pudo partir con él su familia, porque quedaron á que se les acabase una lucida librea, y con solo un criado partieron en dos mulas con sola la compañía del mozo de camino, que en otra, no peor que las que llevaban los dos, seguia su largo paso, llevando don Pedro no poco deseo de llegar á Madrid por ver á la hermosa doña Brianda, de quien iba aficionadísimo por el retrato, que no le apartaba de su pecho, envuelto en la misma carta que su primo se le había enviado.

Media jornada antes de llegar á Toledo comieron, y mandando don Pedro al mozo de mulas que se adelantase á prevenirles posada en la ciudad, él se quedó entreteniendo sobremesa con unos hidalgos de Orgaz, que era el lugar donde estaba, á los naipes; perdía, y